

ARRIBA. ABAJO. NORTE. SUR

Un payaso no es un buen payaso si no controla su rictus. Rictus alegre. Rictus triste. Payaso melancólico. Payaso feliz. Es una cuestión de orientación. Más de sentido que de dirección. La carretera es la misma, pero no la ve igual el prisionero que huye de la ciudad que el soldado que vuelve a casa. Hacia el norte. Hacia el sur. Un beso en la frente no es un beso en los labios. Hacia arriba. Hacia abajo. Una mano en el regazo nunca será igual a una mano explorando bajo la falda. Un payaso es un buen payaso cuando no le tiembla el pulso al dibujar el trazo de su sonrisa fingida, concluye el tipo, mientras la taquimecanógrafa rubia que tiene al lado, en la barra del bar, piensa que está pirado. Aunque no puede evitar que le guste esa sonrisa (hacia arriba) que contrasta con la pintada en su rostro (hacia abajo). También piensa que falta una hora para volver a la oficina. Que no estaría mal ir hacia el Metro. Coger la línea azul. Y, si la sigue, poner rumbo a su casa. Hacia el norte. Y, si no lo hace, volver al trabajo. Hacia el sur.

DIAGRAMA DE CAUSA Y EFECTO

El día que murió H. Manrique, Darío Jardiel, subió al metro por primera vez en diez años. Mientras los hijos de Manrique redactaban la esquela, Darío se situó detrás de una mujer rubia de abrigo rojo. Mientras los amigos de Manrique se acercaban al tanatorio como hormigas en formación, Darío, lentamente, deslizó su mano por su espalda, hasta detenerla en su culo. Mientras llegaban las coronas de flores, Darío apretó su mano sobre las nalgas de la mujer. Mientras la mujer de Manrique lloraba, Darío comenzó a frotarse rítmicamente contra ese abrigo rojo. El

cura preguntó a los hijos de Manrique cuándo sería el oficio, mientras Darío jadeaba en la oreja de la mujer.

Ambos acontecimientos discurren paralelos, como universos de ficción. Manrique sigue muerto. El cerdo se frota contra la rubia. No se aprecia relación entre ambas historias. Aunque les aseguro que si Manrique no hubiese resbalado en la ducha, Darío no estaría ahora a punto de correrse en un vagón abarrotado de metro.

Ahora me retiro y los dejo solos para que especulen a dónde va la rubia, por qué resbaló Manrique, o por qué demonios Darío no cogió, como cada día, el autobús número dieciséis.

LOS ÚLTIMOS

Desde que los niños desaparecieron, la ciudad se ha llenado de un silencio denso y casi masticable. Todos hacemos como que es normal. Pero no lo es. Como tampoco es normal ese olor a adulto que lo impregna todo. Ya no huele a caramelos de cereza ni a goma de borrar de nata. Huele a desinfectante y a coche nuevo. A laca de uñas y a consulta de dentista. Aún así, a veces, puede sentirse su presencia. A mí me ha pasado. Cuando eso sucede, me giro, incrédulo, para tropezar con su sombra tatuada en una pared. No son más que eso. Sombras. Nos esforzamos por seguir con nuestras vidas, aparentando normalidad. Por eso del qué dirán. Y nos levantamos, nos vestimos, salimos a las calles, ignoramos su ausencia, comemos, bebemos, bailamos, reímos e incluso hacemos el amor. Eso sí, a desgana, porque sabemos que nuestro semen se derrama ahora sobre vientres estériles. En unos años, los habremos olvidado. Nos habremos acostumbrado a esas sombras, a esos olores y a ese silencio que sustituyó a sus gritos de socorro, y que ignoramos con cobardía. Ese silencio que se desparramará sobre nuestras tumbas. Esas sobre las que nadie llorará.

LUCAS: CAPÍTULO 15, VERSÍCULOS 11 AL 32

“Lucaaaaaas, a cenar”. Casi puede oírlo. Le gusta recordar su voz así. La voz de cuando ella era su madre y él un niño de ocho años que jugaba en ese jardín. ¿Qué le dirá? Quizá un “¿Por qué, Lucas?” Quiere pensar que abrirá la puerta y le dejará entrar. Aunque hayan pasado treinta años. Mira hacia arriba, esperando verla salir por esa ventana por la que siempre asomaba para despedirlo, cuando iba al colegio. La ventana de la foto. El cristal de la puerta le devuelve su reflejo. El tipo que lo mira es un fantasma que nunca tuvo ocho años. Timbra. En cuanto se abre la puerta, la boca se le llena de silencio. Solo se miran unos segundos. Es ella. Y no lo es. Es lo que su ausencia ha hecho de ella. Y no lo reconoce. Porque él ya no es Lucas. Es un reflejo en el cristal. Le dice eso de “No damos limosnas”. Así que él da media vuelta y deja atrás todo. El Lucas que fue. La ventana. La foto sobre la chimenea. Su madre. Esa que, sin llorar, aprieta los puños y murmura con voz inaudible “tu padre murió en 2006”.

EL ÚLTIMO PENSAMIENTO DEL SARGENTO JUAN SOLER

Noviembre. 1938. Observen a ese sargento que está a punto de ser ajusticiado contra un muro. Con esa dignidad propia de los vencidos, mantiene la mirada fija en el muchacho que va a dispararle. Deja su mente en blanco. En sus ojos, bajo el recuerdo de todos los hombres que mató en la última batalla cuando aún no sabía que sería la última, encuentra una imagen de su infancia: su madre, cantando en la era mientras tiende la colada.

Giren ahora la vista ciento ochenta grados. El que apunta es un soldado raso de apenas diecisiete años. Fíjense en el temblor anárquico de su mano derecha y en cómo escudriña los ojos del ajusticiado. Ya saben lo que está viendo. Lo que no saben es que el muchacho reconoce en la madre del

sargento a la suya propia. La naturaleza siempre, inexorablemente, acaba encontrando nuestro punto más débil. Es por eso que solo cuando esquiva la mirada del hombre, consigue apretar el gatillo.

Luego se acerca al muerto. Con la misma mano derecha, le cierra los ojos. Aunque sabe que ya nunca dejará de ver esa era. Ese vaivén cadencioso de las sábanas. Nunca dejará de ver a esa madre.

LA DISTANCIA EXACTA ENTRE DOS MUJERES

Yo tenía dieciocho y aún daba los besos con los ojos cerrados. Él debía tener al menos treinta. Era francés. Y alto. Su mujer, no. Era muy bajita. Solo recuerdo eso. Lo bajita que era. Y el bebé, por supuesto. El bebé lo recuerdo muy bien. Todo sigue en mi mente. El vagón. El olor a vómito y a talco. Su pelo rubio. Los ojos claros de él, tan iguales a los del niño, clavados en mí. La mancha de nacimiento en el dorso de su mano.

El hombre que se sienta a mi lado en el AVE, tiene una mancha idéntica en la suya. Cierro los ojos. Y todo vuelve. Sus ojos grises. El paisaje deslizándose tras la ventana del tren, a toda velocidad. Entonces, era el tren el que estaba quieto mientras el cielo y los campos trigueños galopaban furiosos. Ahora el tiempo fuera se detiene, y aquí dentro todo se desboca. Miro mi reflejo en la ventanilla. La distancia exacta entre esta mujer y la que fui es de veintiún años, tres abortos y un divorcio. La distancia exacta entre esa mancha en la mano de ese hombre y la del otro se desvanece en cuanto alzo mi vista hacia su rostro y descubro los ojos marrones del hombre que viaja mi lado. Pelirrojo. Unos cuarenta. No es él. Y el tiempo vuelve de nuevo a detenerse en el vagón, para retroceder más de dos décadas. Cierro los ojos, como solo saben cerrarlos las chicas de dieciocho que besan a desconocidos en los baños de los trenes. Y vuelvo a recordarlo todo. Su aliento en mi cuello. Su mano en mis muslos. El roce de su barba. Recuerdo mi espalda pegada a la pared de ese baño minúsculo,

claustrofóbico. Y de nuevo el tiempo detenido. El tren detenido. Me quedé media hora en aquel baño. Sin atreverme a abrir los ojos, hasta que el tren reanudó una marcha vacilante, incierta y convulsa. O quizá era yo la que me movía así. Como un autómatas que sabe que se dirige de vuelta a un vagón que intuye vacío. Lo estaba. Olía a leche agria y a decepción. Ignoro la distancia exacta entre este tren y aquel. Entre esta mancha en la mano y la otra. Entre la mujer que le pregunta la hora al pelirrojo y la chica que, con la cabeza apoyada en la ventanilla, perfilaba con el dedo índice sus labios hinchados. Solo sé que ambas observan su propio reflejo, mientras se preguntan quiénes son, a dónde van, si el tiempo corre, vuela, se para o se desboca. Quizá ni siquiera son la misma mujer. Porque ahora beso con los ojos abiertos, y nunca a desconocidos. Aunque veintidós años, tres abortos y un divorcio después, fijo la vista en ese reflejo y veo a las dos, haciendo equilibrios en el espacio y en el tiempo. Y creo que no me equivoco, juraría que ambas, en un ejercicio de perfecta sincronización, nos hemos echado a llorar.

TREINTA SEGUNDOS

Escucha el hipnótico tintineo de la moneda cayendo dentro de la máquina expendedora. Click. Elija fecha. Lugar. Persona. 1995. Barcelona. Laura. Al instante la ve en el baño, secándose el pelo. Nada más. El zumbido monocorde del secador. Treinta segundos. Otra moneda. Click. 2001. Come una manzana, apoyada en el quicio de la puerta. Otra. Click. 1989. Laura en la biblioteca de Derecho. Muerde el lápiz. La observa igual que lo hizo aquel día, durante los treinta segundos anteriores a que él le hablase por primera vez. Click. 2022. Lo recuerda perfectamente. Una moneda desperdiciada. Es la boda de su hija. Aquí ya estaban divorciados. Ella no le habló en todo el día. Treinta segundos de Laura observando a su hija bailando el vals nupcial. Sonríe. Le quedan dos monedas. 2007. Sentada en

el cine. Intenta recordar la película. No puede. Laura no ríe. Tampoco llora. Nunca lloraba en las películas. 2031. Laura dormida en el tren, sobre el hombro de otro hombre. Veintiocho, veintinueve... treinta. Fundido en negro.

Hurga en el bolsillo. Vuelve al andén del metro. Se sienta sobre los cartones. “Una moneda, por favor”. Estira la mano al paso de un hombre. “Por favor, una moneda”.

EN NADA

A veces soy madre de un niño de cuatro años. De un niño de ojos marrones y cabello castaño. Veo sus manos aferradas a las mías antes de cruzar la calle. Nos imagino a los dos parados en un paso de peatones con la vista fija en el monigote rojo que no se decide a cambiar. Lo veo en el tióvivo, subido a un descapotable azul que parece de juguete. En la mesa de la cocina, torciéndole el gesto a la merluza. Sentado en el baño, con los pies colgando, sin tocar el suelo. Le leo un cuento, sentada en una cama que debería seguir en tu estudio. Ese estudio de paredes grises que una vez fueron azules. Lo observo en el ascensor, de puntillas, intentando llegar hasta el botón del piso tres.

A veces sucede. Está sucediendo ahora. Esas imágenes son solo un destello. Las borro con un parpadeo enérgico. Después, ignoro ese ruido que siento dentro del estómago, semejante al estruendo que provoca aquel que pisa caracoles. Recompongo el gesto. Salgo del baño. Me acerco a la cocina. Me siento delante de ti. Sigo comiendo. Mastico. Mastico. Mastico.

Mastico y me preparo para contestarte.

— ¿En qué piensas?

EL ÚLTIMO VUELO

El viejo, pitillo en mano, y con su gorra de capitán calada hasta los ojos, apenas presta atención al chiquillo. Con su otra mano, improvisa un nudo endeble en la muñeca del niño, mientras expulsa el humo del cigarro.

Cuando el nudo se deshace, el globo se eleva con ansia y urgencia. El viejo observa su ascenso fulgurante, entorna la mirada y persigue su vuelo hasta que no es más que un punto de sangre en el firmamento. Lo imagina meciéndose sobre otros cielos, mientras divisa puertos desde las alturas. Mil puertos. Esos que se visitan antes de llegar al mil uno. Puertos en los que huele a salitre, gasoil y desesperanza. En los que siempre hay mujeres de cuerpos ajados que se disfrazan de nuevos para un viejo marinero. El globo continuará su camino. Vislumbrará sobre las aguas coronas de espuma, argentinas como el pubis de sirenas ancianas. Finalmente descenderá con el sol, en el crepúsculo, para hundirse en las gélidas aguas de cualquier mar.

El niño rompe a llorar y tira de la manga del abuelo, sacándolo de su ensoñación.

El anciano tira el cigarro y pisa la colilla, mientras piensa que quisiera ser globo. Ser niño. Ser.

PUUUUUUUUUUUUM

Salta del piso treinta y seis. Debería estrellarse contra el asfalto en apenas unos segundos. Si todo sucede conforme a lo planeado verá toda su vida desfilan frente a sus ojos. Así que se prepara para ver pasar a toda velocidad el patio de su colegio, una Barbie Malibú, un traje blanco de comunión, un beso en el patio del instituto, la facultad de Filosofía, una tarde de cine, el interrail por Europa, la boda con Javier, el nacimiento de Iván, los papeles del divorcio, la nueva novia de Javier. Puuuuuuuuuuuuum.

Nada. No hay impacto. Abre los ojos y ve que apenas ha descendido unos metros. Cinco o seis. El viento la mece suavemente. Se aleja del rascacielos. Su pelo se alborota y una sensación de levedad se apropia de ella. Se siente como aquel globo con forma de Spiderman que un día escapó de la muñeca de Iván.

Así que vuelve a cerrar los ojos e imagina una nueva vida. Con Javier. Sin Javier. Da igual. Se ve a sí misma encontrando trabajo. Pagando el alquiler y evitando el desahucio. Recuperando la custodia de Iván. Conociendo a un hombre encantador en la cola del súper. Y hasta le da tiempo a aceptar su invitación para ir al cine. Revive una cena con ese hombre, al que bautiza como Jorge, en un restaurante tailandés al que siempre había tenido ganas de ir. Deja que la acompañe a su casa. Y hacen el amor en el ascensor, porque son incapaces de esperar a llegar arriba. A ese piso treinta y seis donde hace apenas unos minutos fue tan infeliz. Se besan, se lamen, se desnudan...

Cuando se estrella contra el suelo, siente un orgasmo tan intenso, tan de verdad que no percibe nada de lo que sucede alrededor. Ni siquiera que hace ya seis segundos que el viento ha dejado de soplar.